LAS DOS CONDICIONES

(Sine qua non.)

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

José Font Moror

PREMIADA

en el Certámen Literario que celebró la sociedad «Alianza» de San Martin de Provensals en 1885, y estrenada con éxito en el teatro de la propia Sociedad, la noche del 4 de Julio de 1886.



Barcelona

Libreria de Juan Llordachs, Plaza de San Sebastian, núm. 5.

1887.

A LA SECCION DRAMÁTICA DE LA SOCIEDAD ALIANZA, *por haber ofrecido el premio é interpretado concienzudamente en las tablas esta produccion, se la dedica, como prueba de afecto.*

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
DOLORES. . .	D.ª Elvira Musté.	30 años, hermana de Federico. Color pálido, trage negro de calle y mantilla.
CONSUELO. .	» Antonia Arquer.	Joven adolescente; sobrina de D. Jacinto; trage de casa.
ENRIQUE . . .	D. Manuel Gimenez.	35 años, aspecto marcial, trage de diario de capitan de infanteria.
FEDERICO. . .	» Nicolás Sarto.	25 años; trage de viage.
D. JACINTO. .	» Bruno Güell.	50 á 60 años: con bata.
BENITO.	» Juan Gimferrer.	30 años, tipo de pedante: sombrero de copa, cabello á la romana y grandes quevedos. Trage negro y corbata blanca.
ROBLEDO. . .	» J. Font y Prats.	20 años, asistente del capitan, trage de soldado en campaña.
UN CRIADO. .	» Juan Costa.	

ACTO ÚNICO

La escena representa una plazoleta del jardin de un establecimiento de baños minero-medicinales que, se supone situado en un pueblo de las cercanias de Santander.

En primer término y á la derecha, se ve parte del edificio con una puerta, á la que se sube por dos escalones. A la izquierda, un lienzo de pared con otra puerta, encima de la cual hay un rótulo, en el que se lee: «Café y billar.»

En segundo término y á cada lado, un árbol, del que arranca un lindero de follaje, de 1'50 á 2 metros de alto. Estos linderos, se continuan hácia el centro, describiendo una curva, cuya concavidad mira hácia el proscenio: curva que, será tan pronunciada, como permita la longitud del escenario. Los linderos—de los cuales debe el derecho ser bastante mas corto que el izquierdo—antes de llegar al centro, dejan un espacio de uno ó dos metros que, se denominará PASILLO. Delante de cada lindero, un banco rústico.

En tercer término y demás, árboles: pero á la izquierda, sea en tercer ó cuarto término, una verja que, se supone conduce al campo.

En el centro y cerca del café, una mesita y dos sillas.

En el fondo, árboles, una glorieta, montes, cielo, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO y ENRIQUE, á su tiempo DOLORES.

Los dos primeros sentados en el banco de la izquierda.

CONSUELO.

Qué galante estás hoy, Enrique!

ENRIQUE. *(Con énfasis.)*

Angel mio! Más, muchísimo más lo estaria, si te dignaras aceptar mi brazo, *(ofreciéndoselo. Consuelo hace como que no ve)* para ir al hermoso valle que, nace al pié del humbroso bosque y en amorosa parla, diésemos alli un paseito por su

tendida verde alfombra, al raudo compás del hermoso trino de las canoras aves.... Mas en este lugar, triste de inspiracion; falto de aquella expontánea belleza con que sabe engalanarse natura; cadáver de poesía, en fin, cuanto te diga es pálido reflejo, de lo que alli oirias.

CONSUELO *(Que habrá luchado para no reirse, prorrumpe en una fuerte carcajada.)*

Ja! ja! ja! A que movernos ya? Cuanto acabas de decirme, no es una prueba elocuente de la mas elevada inspiracion?

ENRIQUE

(Magnífico efecto! Y yo que me aprendí de memoria el parrafito este! Ay Benito, como me has puesto!)

DOLORES *(Aparece en el pasillo.)*

CONSUELO *(Entono burlon.)*

Dudas ya por un momento de la conveniencia de estarnos aqui?

ENRIQUE *(Algo corrido.)*

Si es tu gusto, es para mi una órden que obedezco sumiso.

DOLORES.

(Ah! Con que tambien se finge enamorado de esta mujer!.... y tanto como yo le amo! Que cruel desengaño! que horrible casualidad á mi llegada!.... *(Reparando en la graduacion.)* Pero ¿no es capitan? Oh! Tu no puedes ser de esta mujer! Tu serás mio!)

(Váse por donde ha venido en ademán resuelto.)

ESCENA II.

CONSUELO, ENRIQUE, BENITO. Este entra por la puerta de la derecha saludando sombrero en mano.

BENITO.

Perdone usted por unos momentos, amable señorita; Enrique, urge que vengas conmigo al instante.

ENRIQUE *(Levantándose y aparte á Benito.)*

Es por aquella poesia?

BENITO *(Aparte á Enrique.)*

Si, la he concluido ya.

ENRIQUE.

Con sentimiento, mi querida Consuelo, debo dejarte unos instantes por lo que espero, no me guardarás rencor alguno.

CONSUELO.

Ya sabes que no soy rencorosa.

ENRIQUE.

Gracias y hasta luego, musa predilecta.

CONSUELO.

Adios, inspirado poeta.

(Vanse Enrique y Benito por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

CONSUELO.

CONSUELO *(Se levanta.)*

Mucho me gustan los militares, y mas este, que parece amarme, pero me ama tan á la moda de mi buen tio que, si no fuera porque este se empeña en que debo casarme con un poeta, y yo no se disgustar, á quien como mi tio no me disgusta por nada; mucho mas me daria que reir, todo ese cúmulo de palabras altisonantes, que él llama poesía...... Pobre tio! Con su libreria repleta de versos y sus obsequios á cuantos poetas vienen á estos baños, se cree el mas felíz de los hombres...... Ah! Si él hubiese conocido á Federico! Casualmente este, cultivaba tambien la poesía; pero, que sencilléz habia en él y cuanta naturalidad!... Por esto le amé sin duda y no me esplicó, como un jóven, al parecer tan formal...

(Queda en suspenso, viendo entrar á Federico.)

ESCENA IV.

CONSUELO, JACINTO, FEDERICO. Estos, entran de bracero, por la puerta derecha.

CONSUELO *(Con asombro.)*

(Mas que miro! No es él?)

FEDERICO.

(Oh! Encantadora como la última vez.)

JACINTO (*Soltando del brazo á Federico y corriendo gozoso á abrazar á Consuelo.)*

Consuelo, por fin te hallé, abrázame; no estoy en mi de gozo.

CONSUELO (*Abrazándole.)*

Qué significa esto, tio?

JACINTO (*Desprendiéndose de los brazos de Consuelo)*

Que ha de significar sobrinita? Ya sabes cuanto gusto de los poetas y de sus obras.

CONSUELO.

(Ah! Ya doy en la cuenta!)

JACINTO.

Pues bien, este señor, á quien tengo la inmerecida honra de presentarte, es poeta, pero de los de mas nombradía, segun he leido en los periódicos.

(Consuelo hace un movimiento de aprobacion con la cabeza)

FEDERICO (*Suplicando avergonzado.)*

Señor don Jacinto...

JACINTO (*Interrumpiendo familiarmente)*.

Si señor; usted es don Federico Mendivielas, autor del poema titulado «La aurora de mi vida» del cual, dice todo el mundo que, viene á resucitar el buen gusto, la edad de oro de la poesía española.

FEDERICO.

Cierto es que soy el autor de este libro, pero no vale la pena de que...

JACINTO (*Interrumpiendo como antes.*)

Pronto sabremos aqui si vale la pena, señor mio, pues ya tengo encargado á mi librero su poema de usted y no dudo seré contado en el número de los que tanto le ensalzan. Interin y mientras voy á mandar disponer lo necesario para ustedes, mi sobrina podrá enseñar á usted mi librería, en la que espero, no echará usted á menos, nada de lo mejor que en poesía se ha publicado hasta la fecha; pues tengo por este ramo de la literatura, una verdadera pasion.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA V.

CONSUELO, FEDERICO.

FEDERICO.

(Que ocasion mas propicia! Verdaderamente es original el tio de Consuelo.)

CONSUELO.

(Quien empezará? Que cosas tiene tio!)

FEDERICO.

Señorita; sin duda estará usted enojada contra su señor tio, por la situacion embarazosa en que nos ha colocado. El bondadoso señor no ha hecho

mas, á mi parecer, que dejarse llevar de su carácter espansivo; puesto que al apuntar mi nombre en el libro del establecimiento, ha recordado lo que habia leido de mi en los periódicos y en su alborozo, me ha conducido á la presencia de usted. Deponga usted, pues, todo enojo contra él y *sobre todo* contra mí tan culpable en apariencia.

CONSUELO (*Como queriendo creer en su inocencia.)*

Usted culpable en apariencia?

FEDERICO.

Si, señorita Consuelo; y hoy vengo á sincerarme. El mismo dia que en el baile de la señora Marquesa de Aguada, me dió usted la dulce esperanza de obtener su mano de usted si consentia en ello su señor tio, halléme al llegar á casa con un telégrama urgente, en el cual se me decia que, mi hermana estaba sin esperanzas de vida y deseaba verme. Ya le dije á usted que mi familia vive en Cádiz. Aproveché un vapor que partia al dia siguiente y no me despedí de usted, pues, no ignoraba que al terminarse el baile, habia usted salido de Santander para esta casa, en un carruage de la señora Marquesa. Y si en estos tres meses no la he escrito á usted, Consuelo; y si yo que la amo á usted con toda la efusion del amor naciente, no he dirigido á usted una sola letra, es porque con la escasa fecha que contaban nuestras relaciones—yo que aun mas que la amo á usted, la respeto—no me juzgué con bastante derecho para mandarla una carta; temiendo que, con ella, iba á herir, no solo su delicadeza de usted, si que tambien la sus-

ceptibilidad de su señor tio, á quien por desgracia no conocia en aquel entonces.

No creia yo, empero, en una ausencia tan larga, sinó que por el contrario, pensaba haber estado de vuelta dentro de pocos dias. Pero un antiguo pleito de familia, que reclamaba mi presencia allí; asi como el aguardar á que mi pobre hermana mejorase, para traerla á estos baños, fueron causa, ambas circunstancias, de que durase mi estancia en Cádiz, mucho mas de lo que yo esperaba.

CONSUELO.

De modo, que ha traido usted á su hermana consigo?

FEDERICO.

Sí, señorita.

CONSUELO.

Y ha padecido mucho durante su enfermedad?

FEDERICO.

Si, y de dos maneras, Consuelo. Por cuanto además del sufrimiento físico, no cesaba en su delirio, de nombrar á su adorado Enrique: un teniente que supo enamorarla perdidamente y luego la olvidó.

CONSUELO (*Con sobresalto.)*

(Es particular! *(Tranquilizándose á si propia)* Pero Enrique es capitan!)

FEDERICO.

Mas, volviendo á mi objeto, añadiré á las francas esplicaciones que acabo de darla que, no

solamente no la he olvidado á usted un instante, sinó que, en mis ratos libres, ocupada mi pluma en el grato y dulcísimo recuerdo de usted ha obrado prodigios, escribiendo: «La aurora de mi vida», este poema tan oportunamente citado por su señor tio de usted y cuyo poema, por no pasar yo plaza de ingrato, me he tomado la libertad de dedicárselo á usted. Y realmente, ¿hay nada mas justo que usted que me inspiró el poema comparta conmigo la gloria que él me dá?

CONSUELO (*Emocionada.*)

Como! Qué dice usted? Este libro que, segun mi tio acaba de decir, le dá á usted tanta fama, viene dedicado á mi?

FEDERICO.

Perdone usted Consuelo, si sin pedir antes su consentimiento.... Pero seré tan desgraciado que, ahora no lo acepte usted?

CONSUELO (*Turbada.*)

Oh! no, no digo esto. (Dios mio!) Al contrario, don Federico, es que no me juzgo digna de tal distincion.

FEDERICO (*Tomándola una mano con entusiasmo.*)

Oh! gracias, amor mio!

CONSUELO.

(Que le digo yo á este hombre? Porqué no he de desengañarle?)

FEDERICO (*Soltando insensiblemente la mano.*)

(Que turbacion es esta?) Mas usted está triste, Consuelo?

ESCENA VI.

DICHOS, DOLORES. Esta entra por el pasillo sin ser vista.

DOLORES.

(Esta es la que hablaba con Enrique.)

CONSUELO (*A Federico.*)

No, no señor.

DOLORES (*En ademan de irse.*)

(Que continuen. Tal vez esto me sirva de algo.)

CONSUELO (*Reparando en Dolores y como aprovechando esta oportunidad para salir del paso.*)

Aquí hay una señorita.

FEDERICO (*Contrariado.*)

Es verdad. Es mi hermana.

CONSUELO.

Llámela usted.

FEDERICO (*Llamando.*)

Dolores.

CONSUELO.

(Se lo esplicaré todo á ella y si es cierto que ha amado tanto, comprenderá mi situacion.)

DOLORES (*Con intencion.*)

Me has llamado! y acaso estorbe...

CONSUELO.

Al contrario, señorita: su presencia de usted es muy grata en este momento.

DOLORES.

Gracias, amable señorita.

FEDERICO.

Si, hermana mia; yo me adhiero al parecer de la señorita Consuelo, sobrina de don Jacinto.

DOLORES.

Ah! Es usted la señorita Consuelo?

CONSUELO.

Sí, señorita.

DOLORES.

Me permite usted que la llame mi amiga?

CONSUELO.

Y porque no?

DOLORES.

Amiga mia pues, selle un beso nuestra amistad.

(Se besan.)

CONSUELO.

Quiere usted que demos un paseo por el jardin?

DOLORES.

Con mucho gusto. (*Yendo hácia Federico en ademan de despedirse*) Hermano mio *(Aparte á Federico)* Esta señorita es aquella á quien has dedicado tu poema, no es verdad?

FEDERICO (*Aparte á Dolores.*)

Es cierto, pero fio en tu discrecion.

DOLORES (*Aparte á Federico.*)

Descuida. (*Alto y reuniéndose á Consuelo.*) Adiós.

CONSUELO (*A Federico.*)

Luego, tendré el gusto de enseñar á usted, la biblioteca de mi tio.

(*Vanse por el pasillo de bracero.*)

FEDERICO.

Abur, señoritas.

ESCENA VII.

FEDERICO.

FEDERICO.

Que debo pensar de todo esto? Aquella turbacion... esta salida casi glacial... Ah! Temor mio! Temor infantil! Ruin compañero del primer amor. Porque detuviste mi pluma? Yo no he escrito á esa mujer, y ella no quiere perdonarme ahora, porque me he portado como un niño! Ah! que bien hice en titular á mi poema «La aurora de mi vida!» La historia de mi niñéz á mi primer amor; del niño que va á ser hombre, pero que no lo es todavía, no podia llamarse de otro modo: «Aurora!» No, mi sol no está en el cénit todavía, no soy mas que un chiquillo.... Pero y si su turbacion reconoce otra causa? Y si ella ha contraido nuevas relaciones? Todo es posible. Ea, seamos hombres de una vez; observemos.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, BENITO, que entran por el pasillo.

ENRIQUE.

Que si es particular lo que á mí me sucede! Figúrate tú que, con cuatro chicoleos dichos del modo que yo me sé, he salido siempre del paso, y ahora para dar gusto á don Jacinto y siguiendo tus instrucciones, suelto cada sandéz, digo, cada inspiracion que, como Consuelo no lo eche de ver, menos mal; pero, y si cae en la cuenta?

BENITO.

Imposible; porque mi natural talento poético y tu buena memoria no pueden fallar.

ENRIQUE.

(Su talento! Si no fuera porque le necesito...)

BENITO.

Ya sabes que, aunque me lo debes á mí, todos te tienen por poeta y que, como no representes bien tu papel, no serán para tí las onzas de don Jacinto, ni la mano de su sobrina.

ENRIQUE.

Si; sé todo esto, y por lo mismo, como no me sirvas bien no respondo de nada.

(Amenazándole terriblemente.)

BENITO.

(Cuidado con el bruto este.) (*Tímidamente.*) ¿Con que me amenazas si no te sirvo bien? ¿Y tú que me das en pago de mi trabajo? (*Animándose*,

viendo que Enrique se apacígua.) Cuando recuerdo que, si no hubiese sido por aquella magnífica Oda que yo saqué de aquí (*señalando la frente*) y tú firmaste, no habrias adelantado un solo paso!

FEDERICO.

No hablemos mas del asunto! Vaya, yo te juro bajo palabra de honor que no te quejarás de mi generosidad. Entre tanto dame estos versos y vamos al café. De un modo ú otro debes cobrarte.

BENITO (*Con alegria.*)

Al café? Aceptado!

(Saca una enorme cartera de un bolsillo interior del paletó y de ella un pliego de papel, volviendo después la cartera en el mismo sitio.)

Pero antes deja que te lea los dos trozos mas culminantes de la composicion. Oh! Es una obra sobérbia, única en su género. Cuando se la leas á don Jacinto, te va á poner en la cumbre del Parnaso.

ENRIQUE.

Lée hombre, lée que estoy impaciente.

BENITO.

Pues señor, asi empieza.

(Parándose al final de cada verso y en actitud melo-dramática lee lo que sigue:)

Oh! Tú, felíz
entre tus baños de agua
medicinal,
cuyo sonrís
al pobre enfermo frágua
todo su mal:
escucha atento,

del corazon mi acento
por tí cantar.

(Satisfecho.)

Que te parece?

ENRIQUE.

Es una quintilla?

BENITO.

Que atrocidad! Una novena, hombre, una novena.

ENRIQUE.

Pues qué, vamos á celebrar el cumpleaños del tio, con un novenario?

BENITO.

No, no es esto. Como tiene nueve versos, de ahí le viene el llamarse novena. Es un metro, al que yo tengo particular aficion, porque todavia no se le ha ocurrido á nádie.

ENRIQUE (*Interrumpiendo.*)

Ya, ya. (No entiendo jota.)

BENITO.

Oh! Son versos de mucho mérito. Y este trozo final?

(Lée como anteriormente.)

Y al dulce son,
Vibró mi corazon
enternecido.
Y adormecido,
en sueños mi pasion,
te vió bailar.

(Con entusiasmo.)

Oh! Aqui das el golpe de estado: aqui, observa bien, le demuestras con la espresion mas delicada que encierra la sublime poesía: tu indescriptible entusiasmo por su agilidad, por su rejuvenecimiento. (*Con solemnidad.*) Esto cautiva las simpatías del mas viejo de los hombres; de la misma manera que la palabra «hermosa» bien espresada vuelca el corazon de la mas fea de las mujeres.

ENRIQUE (*Alagándole.*)

Eres un gran diplomático.

BENITO (*Dándole el pliego.*)

Ahí te entrego esta bella poesía; dále, al leerla, la entonacion que le corresponde y te coronará de gloria.

ENRIQUE (*Tomando el pliego.*)

Gracias, paisano mio. Ya se ve, que está magníficamente bien.

BENITO.

(Iriarte no supo lo que se dijo: cuando dos aprueban una cosa, (*señalando á Enrique y á si propio*) bien estará.) Vamos al café?

(*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA IX.

CONSUELO, DOLORES, por el pasillo. A su tiempo un criado.

DOLORES.

Y hace mucho tiempo que escribe versos el capitan?

CONSUELO.

No sé, nosotros le conocemos de dos meses á esta parte que, vino de guarnicion al pueblo con

su compañía, y con frecuencia nos ha traido alguna composicion.

DOLORES.

(Todo esto es muy estraño.) Tenga usted la bondad de seguir esplicando. Me interesan tanto las historias de amor!

CONSUELO.

Pues bien, como he dicho á usted, Enrique y el jóven comerciante que pretendian mi mano se trabaron de palabras, é iban ya á apelar á las armas cuando á los gritos de los contendientes, y de algunos bañistas que se interpusieron, se presentó mi tio, y tratando de calmarles, les dijo: «Señores, cuando los hombres quieren, se entienden siempre pacíficamente.» —No señor,— «repuso Enrique»,— Este jóven ó yo estamos de mas en el mundo.— «Pero de que se trata»?— añadió mi tio. Entonces, Enrique, le contó como estaba perdidamente enamorada de mí, y que, habiendo observado que, el comerciante me galanteaba, le preguntó si se proponia casar conmigo, á lo que él contestó afirmativamente, y de lo cual provino la querella.

DOLORES.

(Que hombre mas infame!)

CONSUELO.

Por mi parte, si bien habia tenido que oir á entrambos, alguna que otra frase de pura galantería, *sabe Dios* que mi corazon no se inclinaba á ninguno de ellos. Mas mi tio, temiendo un lance de honor, y suponiendo que, pues los dos querian matarse por mí, estaria yo en antecedentes, les

hizo la siguiente original proposicion: «Puesto que la base mas sólida del matrimonio es el amor y este no sabe sentirlo nadie tan bien como el verdadero poeta, aquel de los dos que, en una oda, lo describa mejor. será el único digno de poseer la mano de mi heredera y sobrina Consuelito.» Viendo los dos adalides que no habia otra salida honrosa,—porqué tio está por las letras y no por las armas—aceptaron, y á los tres dias, segun el plazo fijado, tuvo lugar el fallo en el salon—biblioteca, al que, para darle mayor solemnidad, asistieron todos los bañistas, entre los cuales no habia mas poeta que un tal don Benito Guinda, segun él mismo nos dijo. Después de un largo discurso de mi tio, sobre el amor y la poesía, leyó el comerciante su composicion, la cual, no era mas que un romance, aun que él, la habia encabezado con el nombre de Oda. Enrique, en su afan, no echó de ver el fraude, porqué al acabar aquel, dijo: «Señores, ahora voy á leer la mia» de lo que no se rieron poco después. Finalmente, aunque en la manera de describir el amor no discrepaban mucho uno de otro, la suerte tuvo que decidirse á favor de Enrique por haberse ceñido al tema que pedia una oda. Como es natural, el comerciante se marchó y no le hemos vuelto á ver.

CRIADO. (*Por la derecha.*)

Señorita Consuelo; su señor tio la llama á usted.

CONSUELO.

Estoy con él al momento. (*Váse el Criado.*) Señorita Dolores: si quiere usted descansar en el salon.

DOLORES.

Gracias, me conviene el fresco y prefiero quedarme aquí.

CONSUELO.

Pues, hasta luego.

(Váse por la derecha.)

DOLORES.

Adios, amiga mia.

ESCENA X.

DOLORES.

La he dicho amiga mia, y acaba de lacerar mi corazon! Y mi hermano? Y mi pobre Federico? Que título la va á dar, cuando yo le cuente toda esta historia? El la dedicó un poema, su mejor timbre de gloria, y ella, ha debido entregar su mano por una oda; una oda! Pero, como es posible que la escribiese Enrique, si en sus conversaciones con mi hermano, decia siempre que, era el hombre mas torpe en materia de versos? No entiendo una palabra! Pero, yo amo á este hombre que, hoy es capitan. Por él enfermé, y por el llamé á mi hermano junto á mi lecho, para que le digese que habia muerto amándole! En cambio, él—quien habia de decirlo—enamoraba á aquella por quien suspiraba dia y noche mi pobre hermano hiriéndonos así á entrambos á un mismo tiempo, en medio del corazon. Y aqui he venido yo á recobrar la salud? —«Los aires del Norte y sobre todo esos baños son los que la sentarán á usted mejor»—me dijeron los médicos... Pobre de mi!

(Se deja caer en una silla apoyándose en la mesa.)

ESCENA XI.

DICHA, FEDERICO por la derecha.

FEDERICO.

Dolores!

DOLORES *(Levántase rápidamente asiendo una mano á Federico.)*

Ah! Eres tu? Cuantas cosas tengo que contarte!

FEDERICO.

De Consuelo?

DOLORES.

Sí, de Consuelo. Tienes un competidor.

FEDERICO *(Tristemente.)*

Ya me lo presumia... Aquella despedida no podia reconocer otra causa... pero, quien es esté dichoso mortal que...

DOLORES.

Enrique, mi prometido. Pero lo curioso del caso es que, Enrique debe la mano de Consuelo á una oda que escribió.

FEDERICO.

No puede ser.

DOLORES.

Pregúntaselo al tio de Consuelo y á un tal don Benito Guinda que, fallaron sobre el mérito de la composicion de Enrique y el de la de un comerciante que, tambien pretendia la mano de Consuelo.

FEDERICO.

De modo que, don Jacinto ha debido celebrar unos Juegos Florales, para conceder la mano de

su sobrina? He aqui la flor natural y la reina de la fiesta todo en una pieza...

Pero, y Enrique, donde está?

CONSUELO.

En esta misma casa.

FEDERICO. *(Como quien ha tomado una enérgica resolucion.)*

Entonces yo le veré, y espero que vamos á entendernos pronto.

DOLORES. (*Sobresaltada.*)

Federico! Que intentas hacer? (*Echándole los brazos al cuello.*) Tu vida y la suya me son igualmente apreciables, bien lo sabes. Deja que logre la maña lo que indudablemente echaria á perder la fuerza; procura recobrar el terreno perdido en el corazon de Consuelo; háblale del compromiso que tiene Enrique conmigo, y si ves á este, no le digas una palabra de mí. Espera que yo le hable primero. Pero.... (*Acechando hácia el café.*) Me parece que oigo su voz.... Sì, se acerca. Déjame sola con él.

FEDERICO.

Puesto que lo quieres, sea. Me voy á ver á Consuelo, pero si Enrique te faltase, no olvides que en un momento estará aquí tu hermano.

(Váse derecha.)

DOLORES.

Gracias, no le echaré en olvido.

ESCENA XII.

DOLORES, ENRIQUE, BENITO. La primera, se retira al banco de la izquierda, cubriéndose la cara con el velo de la mantilla. Los segundos, entran sin verla.

ENRIQUE.

Vamos, hoy no te puedes quejar.

Café, copita, cigarro y billar. (*Dolores se va adelantando hasta ponerse detrás de Enrique.*)

BENITO.

No dirás que no lo merezco.

DOLORES. (*Dando con la mano en el hombro de Enrique.*) Caballero, buenas tardes,

ENRIQUE.

Muy buenas tardes, señora. En que puedo servir á usted?

DOLORES.

Si usted hiciera el obsequio de oirme cuatro palabras, recibiria en ello especial favor.

ENRIQUE

(Aventura tenemos.) El favor lo recibiré yo en escuchárselas de usted.

DOLORES.

Gracias por la galantería.

BENITO.

En este caso me voy.

ENRIQUE (*Ap. á D. Benito dándole el pliego.*)

Aguarda. Como esta aventura pudiera ser larga y tus versos deben entregarse esta misma tarde, por ser mañana el cumpleaños, y ya sabes que yo mañana no puedo venir hasta la tarde, léeselos tu mismo á don Jacinto como mios, y dile que tan

pronto como termine un asunto urgente, pasaré á verle.

DOLORES.

(Con que los versos son del otro)

BENITO.

Quedarás complacido.

(Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

DOLORES, ENRIQUE.

ENRIQUE.

Señorita, estoy á las órdenes de usted.

DOLORES (*Se levanta el velo y toma una mano á Enrique y con una voz dulce que debe conservar toda la escena*)

Ojalá sea asi, Enrique mio!

ENRIQUE (*Estupefacto y fijándose en las facciones de Dolores.*)

Pero eres realmente Dolores?

DOLORES.

Tan demudada estoy que no me conoces? Pues esto es porque te amo tanto.

ENRIQUE (*Reponiéndose é interrumpiendo.*)

Ya lo sé, mi querida Lola, ya lo sé.

DOLORES (*Acariciándole.*)

Y cuando nos casamos?

ENRIQUE. (*Sorprendido.*)

Que cuando nos casamos? Tú habrás llegado hoy, no es verdad?

DOLORES.

Sí.

ENRIQUE.

(Esto me salva. No puede saber nada.) Pero como es que estás aqui? Porqué yo no me se dar cuenta...

DOLORES

Realmente, conozco que debe estrañarte mi presencia en este lugar, tan distante de Cádiz, mi habitual residencia. Y no parece sino dispuesto todo por la mano de la Divina Providencia. Porque despues de una enfermedad mortal, venir aquí á tomar baños y encontrarme con mi adorado Enrique, capitan ya y tan atento conmigo; cuando ya temia que me habria olvidado para siempre, hay para morirse de gozo. Sí Enrique mio; repíteme, otra vez que me amas mucho; que me amas como yo te amo á tí. No me dices nada?

ENRIQUE (*Confuso.*)

Sí, mujer, sí; te amo mucho.

DOLORES.

Oh! gracias, Enrique mio. Y dime? Cuando quieres que nos casemos?

ENRIQUE.

(Pero como me quito esta mujer de delante, sin meter ruido?)

DOLORES.

No me respondes? Ya ves, eres capitan y podriamos fijar el dia.

ENRIQUE (*Sobresaltado.*)

El dia? Que estás diciendo?

DOLORES.

Pues...

ENRIQUE.

Lola, considera que tu debes restablecerte. Estás muy delicada, y además... Se te figura que yo quiero casarme aquí? Tontería! Mira, dentro de dos ó tres meses sale el batallon para Madrid. Te parece buen sitio?

DOLORES.

Sí, no es malo. Pero no podríamos casarnos en este mismo pueblo?

ENRIQUE.

No.

DOLORES.

Que te lo impide?

ENRIQUE.

Nada... Pero ya ves que, casarnos en este pueblo es muy.... prosáico. En Madrid! Oh, allí está el lujo! allí podremos casarnos como personas.

DOLORES.

Sin embargo, esto no quita para que, en este pueblo, se casan las personas y galanteen los poetas.

ENRIQUE.

Oh, que disparate! Tu has visto?...

DOLORES.

Vaya! En primer lugar, me consta que, el año pasado, casó en este pueblo, una amiga mia.

ENRIQUE (*Malhumorado.*)

Esto es antiguo.

DOLORES.

Hablemos pues, si tu quieres, de otra cosa mas reciente. Aquí, en este mismo sitio, he visto hace poco á un poeta que, estaba haciendo el amor á una señorita.

ENRIQUE.

Lola, perdóname, pero no puede ser.

DOLORES.

Que incrédulo! Si yo misma lo he visto.

ENRIQUE.

Entonces no tengo mas remedio que creerlo, pero con una condicion.

DOLORES.

Cual?

ENRIQUE.

La de que me digas sus nombres.

DOLORES (*Con pausa y marcando con intencion todas las frases.*)

Con mucho gusto la señorita, jóven agraciada por cierto, se llama Consuelo. (*Enrique se impacienta visiblemente y Dolores le observa con fijeza.*) El poeta cumplido caballero, se llama...

ENRIQUE (*Interrupcion brusca.*)

Enrique, y bien, era yo.

DOLORES (*Acariciándole.*)

Te amaria yo tanto? No; el poeta se llama Federico, es mi hermano. Además que yo sepa, tú, no eres poeta. (Ha caido en el lazo.)

ENRIQUE (*Alejándola.*)

Conqué tu hermano? Y de donde ha venido aquí tu hermano? Quita! Asi quieres disfrazarme á mi vista?

DOLORES.

No pretendo engañarte, Enrique. Mi hermano está aquí, porqué ha venido á acompañarme á estos baños.

ESCENA XIV.

DICHOS, CONSUELO, FEDERICO. Estos, acaban de llegar al pasillo hablando entre sí, sin ver á los anteriores. Consuelo tiene en la mano el pliego de Benito.)

DOLORES (*Viendo á Consuelo y Federico y mostrándoselos á Enrique.*)

Y á propósito. Si dudas de mis palabras, mira·

ENRIQUE (*Furioso.*)

Suelta, voy á echar cuentas con aquel caballero.

DOLORES (*Asiéndole las manos.*)

Por piedad! No ves que es mi hermano?

ENRIQUE.

(Es verdad.) Suelta, Dolores, suelta, quiero irme.

DOLORES.

Pero, porqué?

ENRIQUE. (*Corrido*)

Que se yo!

(Mímica entre Enrique y Dolores en la que debe traslucirse la lucha de aquel para marcharse y la de esta para retenerle, con objeto de que le vea Consuelo.)

CONSUELO. (*A Federico.*)

Sí señor, estos versos son suyos.

FEDERICO.

Francamente, no sabia que el capitan hiciera versos.

CONSUELO.

Usted le conoce?

FEDERICO.

Ya lo creo; como que ha de ser mi cuñado!

CONSUELO. (*En el colmo de la sorpresa.*)

De modo.....

FEDERICO.

Si, juró casarse con mi hermana cuando fuese capitan.... Y él no les ha hablado á ustedes nunca....?

CONSUELO. (*Herida en su dignidad.*)

Nunca!

FEDERICO. (*Reparando en Dolores y Enrique y mostrándoselos á Consuelo.*) Pero, veo que la pareja está cerca, y como hace tanto tiempo que no se han visto....

CONSUELO.

Es verdad, retirémonos. (Que cumplido caballero!)

(*Vase con Federico por el jardin.*)

ESCENA XV.

ENRIQUE y DOLORES luego BENITO.

BENITO.

ENRIQUE. (*Vuelve disimuladamente la cabeza y no viendo á nadie.*) (Respira corazon.) Adios Dolores.

(*Desasiéndose á la fuerza.*)

DOLORES. (*Triste.*)

Pero, donde vas, Enrique?

ENRIQUE.

Voy donde sepan amarme. Donde no se mofen de mí. (*Se dirige hácia la puerta de la derecha y tropieza con Benito que entra con los brazos abiertos.*)

BENITO.

Abrázame, dame la enhorabuena. Te han elevado á la quinta esencia mis poesías.

ENRIQUE. (*En el colmo de la ira y asiéndole por el cuello del paletó*) Fuera de mi presencia! (*Señalando á Dolores*) Mira el resultado de tus poesías.

BENITO. (*Estupefacto y ap. á Enrique.*)

Te puedo jurar que puse todo mi talento.

ENRIQUE. (*Ap. á Benito.*)

Asi han salido! (*Le suelta y le dá un puñetazo.*) (*Alto*) Largo de aqui! (*Benito no acierta á moverse por lo que Enrique sacando la espada.*)

Largo, digo!

(*Benito echa á correr, tropieza en el pasillo y cae dando lastimeros quejidos.*)

DOLORES. (*Compadeciendo á Enrique y dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)

(Está loco! Ah! Si yo pudiese arrancar de mi pecho esta pasion.)

ENRIQUE. (*Dirigiéndose al pasillo.*)

Será preciso cortarle la lengua para que se calle.

DOLORES.

Infelíz!

(*Váse derecha.*)

ESCENA XVI.

ENRIQUE, BENITO, JACINTO. Este aparece en el pasillo, y Enrique al verle, envaina la espada precipitadamente.)

JACINTO. (*A Benito.*)

Que le pasa á usted, caballero?

BENITO (*Levantándose y abrazándose á don Jacinto.*)

Favor, caballero! Que me matan!

JACINTO.

Pero, que es lo que está usted diciendo? Yo no veo á nadie que le mate.

BENITO.

Si señor. No le ve usted?
Don Enrique Montedragon.

ENRIQUE.

Dígale usted que miente.

JACINTO.

Por Dios, señores! Unos caballeros como ustedes que, además, son poetas....

BENITO.

Si yo pudiese hablar....

JACINTO.

Hable usted. Que se lo impide?

BENITO.

Los arrebatos del señor.

ENRIQUE. *(Se toca la frente con el índice como diciendo á D. Federico que D. Benito está loco.)*

JACINTO. *(A Benito.)*

Hable usted sin temor.

BENITO.

Pues bien, hay un refran que dice: Cria cuervos y te sacarán los ojos. He ahí el título que podria darse á la historia que voy á contar.

JACINTO.

Sea usted breve.

BENITO.

Entonces reasumiendo, diré: que todas cuantas poesías ha presentado á usted don Enrique y hasta la que últimamente, he tenido el gusto de leer á

usted; son originales mias. Yo las componia y él las firmaba, para sus fines particulares.

JACINTO. *(No volviendo en sí de asombro.)*

De modo, que los versos de don Enrique...

BENITO.

Enrique no ha sabido nunca componer un verso.

ENRIQUE. *(A Jacinto.)*

No le haga usted caso.

BENITO.

Que no me haga usted caso? Dígale usted que escriba aunque no sea mas que una seguidilla; que si puede probarse que ha sido sin ayuda de nádie, doy á usted libertad para hacer de mí cuanto quiera.

ENRIQUE.

(Voy á jugar el todo por el todo. Pero, ay! Benito, si me sale mal.)

JACINTO.

Vamos, don Enrique. Es preciso confundir á don Benito. Eche usted versos por esa boca. Que caramba! Una seguidilla pronto se escapa.

ENRIQUE.

(Qué apuros! Una idea siquiera que salve el honor!)

BENITO. *(Ap. á Jacinto.)*

Lo ve usted! Ni una seguidilla.

JACINTO. *(Ap. á Benito.)*

Se estará inspirando.

ENRIQUE.

(Se salvó la patria.) (*Como quien va á pronunciar un discurso.*) Señores....

(Tose varias veces.)

BENITO *(Ap. á Jacinto.)*

Le prevengo á usted que no dirá nada de particular.

JACINTO *(Ap. á Benito.)*

Con todo, usted no me podrá negar que las improvisaciones tienen su mérito.

ENRIQUE.

Quien duda que, muchos de los mas esclarecidos poetas, se verían atascados en una situacion como la mia? Porqué, como es posible inspirarse; improvisar una seguidilla que, es cosa de canto, despues de un insulto mayúsculo como el que acaba de dirigirme el señor?

(Señalando á Benito.)

BENITO *(Ap. á Jacinto.)*

No se lo dige yo á usted?

JACINTO. *(A Enrique.)*

Es decir, que defrauda usted mis esperanzas?

ENRIQUE.

Pero don Jacinto, no sabe usted que la inspiracion es la base fundamental....

JACINTO.

Realmente; así lo dicen los poetas.

ENRIQUE.

Pues bien, en este momento, carezco de inspiracion.

BENITO.

No, tú no careces de inspiracion; tu careces de todo.

ENRIQUE.

Caballero, no me tutée usted. Despues de lo desvergonzado que ha estado usted conmigo, no le conozco para nada.

BENITO.

Ah, no me conoces? pues ya me conocerán los amantes de la verdad. Sí, todo lo diré.

(Viendo que Enrique pone mano á la espada, váse corriendo por el pasillo y desaparece detrás del lindero derecho.)

ESCENA XVII.

ENRIQUE, D. JACINTO, ROBLEDO. Este entra por la verja y no atraviesa el pasillo hasta que don Jácinto acaba de hablar.

ENRIQUE. *(Desenvainando la espada y dirigiéndose al pasillo.)*

Esto no puede acabar así. Está pidiendo sangre.

JACINTO.

Por Dios, evitar el escándalo.

ROBLEDO (*Saludando militarmente.*)

A la órden de usted, mi capitan.

ENRIQUE.

Vienes al pelo, Robledo. Corre en busca de don Benito y aun que para ello debas salir del pueblo, no vuelvas, hasta haberle dado una buena paliza.

ROBLEDO.

¿Hácia donde se ha dirigido?

ENRIQUE.

Por estos jardines. (*Deteniendo á Robledo que iba á marchar.*) Oye, pásale de un bayonetazo; yo respondo de todo.

ROBLEDO.

Ah! Se me olvidaba. Traigo una órden...

ENRIQUE.

Anda, vivo. No quiero saber nada.

(Robledo váse corriendo y después de haber hablado don Jacinto segunda vez, vése á aquel salir otra vez al campo por la verja.)

ESCENA XVIII.

ENRIQUE, JACINTO.

ENRIQUE. (*Envainando la espada.*)

Vaya con el tuno este. Ahora sabrá esa gentuza de pluma que, nadie se le sube impunemente á las barbas, á la gente de espada.

JACINTO.

Gentuza de pluma, dice usted? (Este hombre me va disgustando.)

ENRIQUE.

Hace usted bien en recogerme esta frase; pues siendo como soy poeta, debo guardar mas atenciones á la clase. Pero no dejará usted de comprender que, cuando á un hombre se le sube la sangre á la cabeza....

JACINTO.

Todo lo comprendo. Mas, despues de lo que he oido á ustedes dos, comprenderá usted asimismo qué, he quedado con ciertas dudas, y ya sabe usted mi tema: si usted no me demuestra que es poeta, no hay nada de lo dicho.

ENRIQUE.

(A quién conozco yo que haga versos?)

JACINTO.

Además, ya sabe usted que, el descrédito corre mas que la fama.

ENRIQUE.

(Que hombre mas terco. Ataquemos de frente.) Es tan cierto lo que dice usted de la fama, y tal el cariño que yo profeso á usted que, por mas dudas que usted abrigue contra mí, no he de tomarlo á ofensa. Y tanto es así que, me compro-

meto á presentarle á usted, tal vez mañana mismo, no digo yo una seguidilla, sino algo mas, para deleite de usted y confusion de todos detractores. (El prometer no cuesta nada.) Pasemos ahora, si usted gusta, á otra cuestion.

JACINTO.

A la que usted quiera. No puede usted figurarse el peso que quita de aquí.

(*Señalando el pecho.*)

ENRIQUE.

(Aun crée en mí; demos el asalto.) La cuestion que voy á exponer, es tan grave que, no sé por donde empezar.

JACINTO.

Tan grave?

ENRIQUE.

Si, señor; gravísima; al menos para mí.

JACINTO.

Vamos, sáqueme usted de dudas de una vez.

ENRIQUE (*En tono melodramático.*)

Pues bien, Consuelo, aquella Diosa por quien mi corazon inexperto sufre dia y noche; aquella á quien lealmennte hice poseedora de mi primera pasion; hoy me ha vendido; hoy la he visto solazarse con otro galan. Oh! cuando hoy no he muerto de celos, no pienso morir jamás.

JACINTO.

Y no ha dicho usted nada á ese galan?

ENRIQUE.

No, señor, me ha sorprendido tanto el caso que, antes de decir nada, he querido consultarle con usted.

JACINTO.

Gracias á Dios que, por esta vez, ha detenido sus arrebatos. El galan que, sus celos de usted, han visto solazarse con Consuelo; no es otro que don Federico Mendivielas, poeta á quien los periódicos ponen por las nubes y que yo aprecio en mucho. Joven, en fin, muy modesto, que no debe darle á usted ningun cuidado.

ENRIQUE.

Pero los celos, quien los quita?

JACINTO (*Solemnemente.*)

La voluntad. No quiera usted ser celoso nunca, porqué el celoso solo bebe la hiel del amor; porqué el celoso, aun que cada corazon sea un abismo, se ve ridiculizado por todos, y yo que quiero á usted bien, debo impedir que sea usted el ridículo de la sociedad.

ENRIQUE.

Estoy plenamente convencido de cuanto usted dice. Pero como usted conoce mi amor, y sabe por tanto, lo difícil que me seria estar tranquilo, con tantos poetas como pudieran ir viniendo por aquí, suplico á usted que aceleremos la boda, y yo juro á usted, no acordarme de los celos en toda mi vida.

JACINTO.

De modo, que usted quisiera casarse pronto?

ENRIQUE.

Mañana, si fuese posible.

JACINTO.

Yo no tengo mas que una palabra; revindique usted su honra de poeta y cásese cuando quiera.

ENRIQUE.

La revindicaré. (Aunque sea á tiros, debo dar caza á un poeta.)

JACINTO.

Pues, para esta ocasion, además de la dote prometida, espero me aceptará usted un pequeño obsequio.

ENRIQUE.

Con todo el alma, magnánimo y generoso protector.

(*Vánse derecha.*)

ESCENA XIX.

FEDERICO, luego DOLORES.

FEDERICO (*Con aire triunfante y con un libro en la mano entra por el pasillo.*)

Oh! sí, aquí la he visto hoy por vez primera. Lugar bendito, una y mil veces.

DOLORES (*Por la derecha.*)

Te felicito, hermano mio. Acabo de ver á Consuelo y me lo ha contado todo.

FEDERICO.

Gracias, Dolores. Ahora voy á obsequiarla con este ejemplar de mi poema que de propósito me he traido de Cádiz. Y tú, como estás con Enrique?

DOLORES.

Enrique, contra lo que yo esperaba, no solo no me ha desconocido, sino que ni ha tenido valor para negarse á la boda.

FEDERICO.

Que dices?

DOLORES.

La verdad.

FEDERICO.

Este hombre te engaña, Dolores.

DOLORES.

No, este hombre pretende engañarme, para que yo no dé un escándalo, creyendo sin duda que, pues he llegado hoy, no puedo saber nada. Pero mira además si sé, que la voz que corre por ahí de que, los versos de Enrique son originales de Benito, es para mí una verdad. Yo misma se lo he oido decir á los dos.

FEDERICO.

Cuanto me alegro!

DOLORES.

Y yo. Pero, sabes porqué? porqué Enrique que, niega cuanto afirma Benito y con lo cual demuestra que, no se resigna facilmente á un bochorno de este género, buscará un poeta á todo trance y yo habia pensado que, si tú le salias al encuentro....

FEDERICO.

Entiendo.

DOLORES.

Probándole, si conviene, que lo sabes todo; tomaria el asunto cierto tinte de deuda para contigo que bien manejada, pudiera tal vez favorecerme mucho.

FEDERICO.

Acepto el plan en todas sus partes, y voy á ver á Enrique al momento, porqué no hay tiempo que perder.

DOLORES.

Ah! cuanto tendré que agradecerte esta comision. Le amo tanto!

FEDERICO (*Mirando por la derecha*)

Que bien! El mismo nos sale al paso. Escóndete aquí, y podrás oir lo que hablamos, saliendo á tiempo, si conviene.

(Dolores se esconde detrás del pasillo. Federico se mete el libro en un bolsillo interior de la levita.)

ESCENA XX.

DICHOS, ENRIQUE.

ENRIQUE (*Adelantándose al proscenio cabizbajo y meditabundo sin ver á Federico, que le observa.*)

Pero esto es una verdadera derrota! Dolores, aparece de improviso y me recuerda el plazo fotal. Consuelo parece inclinarse hácia Federico; el tio se hace el sueco, porqué por de pronto mi nombre de poeta está de baja. Y lo peor de todo, es que todo el mundo cree que, cuando á la hora presente no he contradicho á Benito, es porqué no soy tal poeta. ¿Cómo salvar el honor al menos?

FEDERICO (*Llamando á Enrique.*)

Ola! Tú por aqui? Que diablos estás meditando?

ENRIQUE (*Volviéndose.*)

Y á tí quien demonios te ha traido?

FEDERICO.

Tus meditaciones sin duda.

ENRIQUE.

Como sabes tú, lo que yo meditaba ahora?

FEDERICO.

Nadie se entretiene en meditar sobre lo que no le importa, y como yo sé lo que á tí te importa en este momento...

ENRIQUE.

Y que es ello?

FEDERICO.

Aparecer poeta.

ENRIQUE.

Tú tambien crees que Benito tiene razon?

FEDERICO.

Tú y yo nos conocemos lo bastante para no malgastar el tiempo, discutiendo acerca de la razon que pueda tener Benito.

ENRIQUE.

Acabemos, que pretendes de mí?

FEDERICO.

Sustituirle.

ENRIQUE.

No te entiendo.

FEDERICO.

Procuraré esplicarme. Despues del compromiso que has contraido con don Jacinto, debes presentarle versos; y como no puedes contar con Benito, yo, sin que nádie se entere, me ofrezco á escribir para tí, todo cuanto te convenga.

ENRIQUE.

Aquí para entre los dos, no me disgusta la proposicion. Pero toda vez que estamos en el terreno de la franqueza, deseo me digas, que concepto te ha merecido la sobrina de don Jacinto, con la que he visto estabas hablando.

FEDERICO.

Ah! Con que tú nos has visto?

ENRIQUE.

Sí.

FEDERICO.

Pues, un concepto tan favorable, que yo que la conozco desde algun tiempo, la he dedicado

ya un poema. (*Le dá el libro.*) Lée y juzga tu mismo.

ENRIQUE (*Leyendo.*)

«A la señorita doña Consuelo Sarmiento, dedica este esbozo literario su apasionado: Federico Mendivielas». (*Le devuelve el libro.*) Pero es que tú amas á Consuelo?

FEDERICO.

Con todo mi corazon.

ENRIQUE.

Y ya sabes si ella te corresponde?

FEDERICO.

Si, sé que me ama porqué acaba de decírmelo.

ENRIQUE.

Sin ánimo de ofenderte, puedo asegurarte que esa mujer te engaña. Aun no hace dos horas que, me estaba diciendo á mí lo mismo.

FEDERICO.

No dudo que te lo haya dicho, ni que si ahora se lo preguntases, dejase de responderte del mismo modo. La verdad es que hay distintos modos de amar, y que ahora que Consuelo sabe tus juramentos antíguos, te ama á tí como cuñado, mas para marido á mí.

ENRIQUE. (*Corrido.*)

Es decir, que le has contado...

FEDERICO.

Sinánimo de ofenderte la he dicho lo que debia en favor de mi hermana. Pues qué, eres tan olvidadizo que, ya no recuerdas el solemne juramento que, siendo teniente, hiciste á mi familia? No sabes que, mi padre solo consintió en el plazo, creyendo ser una verdad aquella pasion, aquel fuego que

deciais os devoraba? Pues era condicion *sine qua non* el casarte con ella al llegar á capitan? Pero murió mi padre y nosotros quedamos en la indigencia; marchó el regimiento y las cartas fueron menguando, hasta el punto que, un día Dolores dejó ya de obtener contestacion. Esto, y el pleito que tú sabes, y que hoy por fortuna hemos ganado, fueron causa de que aquella enfermara gravemente; y cuando yo, como periodista empezaba á ayudar á mi madre, y á mi hermana, tuve que dejarlo todo, porqué Dolores, antes de morir, queria hacerme un encargo reservado. Y en qué dirias que consistia el tal encargo? Pues... en una crucecita envuelta en un papel, en el cual con dificultad, habia escrito: «Dios proteja á mi amado Enrique.» Ya ves, para tí que de aquel fuego devorador, tan solo te quedan las cenizas, que agita y esparce el aire sutil y voluble; esto no era mas que una fruslería que para que la querrias tú? Mas para Dolores que, de aquel fuego, guarda aun el rescoldo que quema y que consume; aquello era muchísimo mas; aquella crucecita, aquel dige: era un verdadero talisman, que debia protegerte en los combates, que debia tal vez salvarte la vida; para que algun dia, ya que no por amor, por gratitud al menos, te acordarás de Dolores.

ENRIQUE.

Tanto me ama?

FEDERICO.

Júzgalo tu mismo.

ENRIQUE.

Pues bien, tu amas á Consuelo y eres, como poeta, condicion indispensable en esta casa, el úni-

co digno de su mano, ya no te la disputo. Yo, por mi parte, confieso que me equivoqué, al juzgar á tu hermana, con el mismo criterio que á la generalidad de las mujeres y por esto la olvidé, como he olvidado á tantas otras. Tú me podrás decir que soy voluble, no lo niego; este es uno de tantos achaques como tiene la milicia, y que uno contrae aun sin darse cuenta. Hoy, sin embargo, me hallo en mi camino con tu hermana, modelo de mugeres constantes y yo seria un mentecato, si no me portara con ella, como bueno.

DOLORES. *(Saliendo y echándole los brazos al cuello.)*
Enrique, Enrique mio.

ENRIQUE. (*Estrechándola en sus brazos.*)
Mi querida Lola! Cuanto has sufrido por este ingrato!

ESCENA XXI.

DICHOS, ROBLEDO, que entra jadeante por el pasillo, despues de atravesar la verja.

ROBLEDO.
A la órden de usted, mi capitan.
(Saludando.)

ENRIQUE. (*Soltando á Dolores.*)
Ola, Robledo. Lo despachaste por fin?

ROBLEDO.
Quiá! No, señor! no dí con él en una légua á la redonda.

ENRIQUE.
Y te atreves á presentarte delante de mí?

ROBLEDO.
Dispense usted, pero como traigo una órden....

ENRIQUE.
Tienes razon, dame esa órden.

ROBLEDO (*Saca de la levita un pliego de papel que entrega á Enrique.*)

Tome usted.

ENRIQUE. (*Después de leer.*)

Habrase visto mayor casualidad! Adios, Lola, debo partir al momento.

DOLORES.

Si tú partes, yo voy contigo.

ENRIQUE.

Hija mia, tu decoro...

FEDERICO. (*A Dolores.*)

Primero debeis uniros al pié del altar.

DOLORES (*Contrariada.*)

Es verdad. (*A Enrique.*) Pero te amo tanto que, verte y tener que decirte adios, tan pronto... Ay Enrique, cuan desgraciada soy! Ahora que iban á realizarse mis esperanzas!

ENRIQUE.

Pero, quién te ha dicho que no se realicen? Óyeme, Lola, crees que hoy es el primer dia que tengo fé en tu constancia?

DOLORES.

Sí.

ENRIQUE.

Pues, debes creer asimismo que, desde hoy, te amo verdaderamente. Yo prometo escribirte todos los dias y casarme contigo cuanto antes, y tú amor mio, te lo ruego: no pongas en duda mi sinceridad.

DOLORES.

Escríbeme, si; escríbeme todos los dias.

ENRIQUE.

Tranquilízate, te escribiré. Abur queridos.

(*Apreton de manos á Dolores y á Federico.*)

DOLORES.

Adios.

FEDERICO

Adios.

ENRIQUE. (*A Robledo.*)

En marcha.

(Vase con Robledo por el pasillo, y al llegar á él, dirige un último saludo á los dos hermanos que, estos contestan y desaparece finalmente por la verja.)

ESCENA XXII.

FEDERICO, DOLORES.

DOLORES (*Abatida.*)

Federico, acompáñame hasta mi cuarto, me conviene descansar.

FEDERICO. (*Dándole el brazo.*)

Apóyate en mi brazo hermana mia, esto no será nada. Enrique ha hablado esta vez con sinceridad y cumplirá la palabra.

(Se van por la puerta derecha.)

ESCENA XXIII.

D. JACINTO. (Por el pasillo señalando la verja.)

JACINTO.

Acaba de salir, sin duda, por que le ha dado vergüenza el despedirse de mí. Imposible, este hombre no es poeta, de otra manera, lo hubiese demostrado antes de marchar. Hum! Voy sospechando que todo esto, no ha sido mas que una añagaza, para casarse con mi Consuelo y atrapar mis onzas. Pero, Dios mediante, no le ha de faltar

á Consuelito un poeta que la quiera, ni van á quedarse mis peluconas, sin una honrosa colocacion. Vaya, vaya! De hoy en adelante, deberé vivir mas precavido sobre el particular, no sea que conociendo mi flaco, venga por aquí otro cualquiera á decirme: «Señor don Jacinto Sarmiento, vengo á pedirle á usted la mano de su sobrina, en atencion á que soy poeta», y luego despues me salga huero como el capitan. No, señor; documentos al canto. «Donde está lo que usted ha publicado? Que dicen de usted el público y los críticos?» Oh! voy á ser inexorable.

ESCENA XXIV.

JACINTO, BENITO.

BENITO (*Saliendo por la derecha.*)

Don Jacinto?

JACINTO.

Quien llama?

BENITO (*Bajando con recelo.*)

Es cierto que ha marchado Enrique?

JACINTO

Asi estuviera á cien léguas de aquí.

BENITO.

Oh, gracias! Por fin se ha convencido usted, de quien era el autor de aquellas poesías.

JACINTO.

Si quiere usted no hablemos mas de él.

BENITO.

Como usted guste.

JACINTO.

Y donde se escondió usted que no le halló el asistente?

BENITO.

El asistente?

JACINTO.

Si, el asistente que, tenia órden de pasarle á usted de un bayonetazo.

BENITO *(Temblando.)*

Y esto es verdad? Ah, que felíz inspiracion la mia, de encerrarme en la cuadra con dos vueltas de llave! Y usted, don Jacinto, no lo hubiese permitido, verdad?

JACINTO.

Como podia evitarlo?

BENITO *(Juntando las manos.)*

Hoy si que he vuelto á nacer.

(Vase derecha.)

JACINTO.

Que otro perdido será este!

ESCENA XXV.

JACINTO, FEDERICO, CONSUELO. Estos, entran del brazo, por la puerta derecha.

FEDERICO (*A Consuelo.*)

Ven, hermosa mia!

CONSUELO (*Ap. á Federico.*)

Pero este momento...

FEDERICO (*Ap. á Consuelo.*)

Es el mas á propósito.

JACINTO.

(Que bella pareja!)

FEDERICO.

Don Jacinto.

JACINTO (*Abriendo los brazos y dándoles un apreton de manos.*)

Amigos mios!

FEDERICO (*Semi-confuso.*)

Sin duda alguna, todas las cosas requieren su momento oportuno, para ser tratadas.

JACINTO.

(Me parece que vamos á entendernos.) Y que es lo que vienen á contarme ustedes?

FEDERICO.

Sencillamente, que Consuelo y yo nos amamos, y si usted no se opone...

JACINTO.

Bien, bien. *(A Consuelo.)* De modo que tú amas á don Federico?

CONSUELO (*Bajando la cabeza.*)

Si, tio.

JACINTO.

Yo que, os quiero muchísimo, debo daros un consejo antes de pasar adelante. El amor así, repentino, cuyo espeso velo oculta el carácter particular de cada uno, si pasa enseguida á la categoría de matrimonio, puede producir fatales consecuencias. Y os la voy á probar gráficamente. En química, se entiende por amalgama: la union de los metales, por intermedio del mercurio. Ahora bien, supongamos, haciendo aplicacion al caso que, quereis amalgamar dos ricos metales; dos escelentes caracteres. Si os falta el mercurio, es decir, la simpatía; podreis confundir en uno los dos metales? Podreis reunir en uno, dos corazones?

FEDERICO.

Doy á usted mil gracias por su sábio consejo, no obstante de que, Consuelo y yo nos conocemos desde mucho tiempo.

JACINTO.

Y como es que yo no sabia nada?

FEDERICO.

Porqué dejaba usted á Consuelo en casa de la Sra. marquesa y allí fué donde nos conocimos, y de donde tomó origen este libro que, tengo el gusto de regalar á usted.

(Dándole el poema)

JACINTO. (*Despues de leer la dedicatoria.*)

«La aurora de mi vida.» En efecto, la dedicatoria no puede hablar mas claro. Amaos y contad conmigo.

CONSUELO (*Abrazándole.*)

Oh! mi querido tio!

FEDERICO. (*Id.*)

Don Jacinto.

JACINTO. (*Id.*)

Solo vosotros podeis hacer mi felicidad.

ESCENA XXVI.

DICHOS, ENRIQUE, luego DOLORES.

ENRIQUE. (*Por el pasillo.*)

Donde está Dolores?

FEDERICO.

Como es eso? Ya estás de vuelta?

ENRIQUE.

Sí, no marchamos ya. Hay contra-órden.

JACINTO. (*A Federico.*)

Volverá á estorbarnos este?

FEDERICO. (*A Jacinto.*)

No, ha cambiado de idea.

ENRIQUE. (*Insistiendo.*)

Pero está en la casa?

FEDERICO.

Sí.

ENRIQUE.

Pues voy á verla.

(*Vase derecha.*)

CONSUELO. (*A Federico.*)

Pero se va á casar con tu hermana?

FEDERICO.

Asi lo ha asegurado.

JACINTO.

Quien él? No lo creo. Tendriais un muy rumboso cuñado.

ENRIQUE. (*Apareciendo por la derecha, con Dolores del brazo.*)

Señores: tengo el honor de presentar á ustedes, mi futura esposa, doña dolores Mendivielas. Cuando, realizados nuestros deseos, tengamos casa puesta, se la ofreceremos á ustedes. Por el momento, les brindamos á ustedes nuestra amistad.

JACINTO.

Gracias, y ya que podemos ser amigos otra vez, permítame usted que le diga que, su táctica de usted, ha coadyuvado perfectamente á que yo, sin la menor idea, pudiera presentar á ustedes á mi vez, á esta querida pareja, invitándoles á su próximo enlace.

ESCENA XXVII.

DICHOS, BENITO y ROBLEDO. Estos, vienen por la derecha, persiguiendo á la bayoneta el último al primero y dando carreras los dos por el escenario.

BENITO.

Que me matan!.. El asistente! Socorro!!..

ENRIQUE. (*A Benito.*)

Venga usted acá, cobardon.

BENITO.

Sí, para que me mate usted. No señor, no quieró ir.

ENRIQUE (*Con voz de mando.*)

Robledo, alto! En su lugar. Descanso. (*Robledo obedece.*) Señores: se han cumplido ya las dos condiciones. (*A Jacinto.*) Para usted, la de enlazar á Consuelo con un poeta; para la familia de mi futura, la de que yo fuera capitan. Y como quiera que, regenerado por la constancia de mi Dolores, me siento ya otro hombre, declaro á la faz de todos que, cuantas poesías he presentado, son de mi paisano Benito, á qien invito á mi boda.

BENITO (*Levantando las manos al cielo.*)

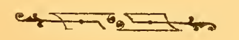
Loado sea Dios!!

JACINTO (*Entusiasmado y estrechando las manos de Enrique.*)

Asi me gustan los hombres.

(Colocándose en médio de los dos grupos que forman: por la izquierda Federico y Consuelo, y por la derecha Dolores y Enrique, y abrazándoles.)

Nada hay tan espontáneo, nada respira tanta verdad, dulzura tanta: como un corazon enamorado.



Fé de erratas.

En la página 4, falta la siguiente

Nota: Por derecha é izquierda, entiéndanse, las del actor.

En la página 39, línea 3, donde dice:

Todos detractores, léase todos mis detractores.